

asoma con frecuencia en aquellas páginas que reprodujeron sus pinturas y dibujos, sus primeros escritos, cartas y anotaciones.

¿Cómo habían ido todos aquellos nombres a parar a Murcia? Sin duda, por la amistad. La amistad movió entonces montañas, y hubo un personaje central que se esforzó por que aquellos lazos no se rompieran jamás, ni con la guerra. Se llamaba Juan Guerrero Ruiz. Fue Lorca el que le apodó «cónsul general de la poesía».

Juan Guerrero, con el poeta Jorge Guillén, convencieron al muy joven Gaya para que se fuera a París. Le convencieron y le buscaron los medios para hacerlo, de manera que en 1928 Gaya partía para Francia con una beca que en principio habría de durar cinco años. A los pocos meses murió su madre, vino luego la república, la beca no pudo renovarse, luego la guerra... Pero esa es otra historia.

Un escritor nuestro muy querido (menos conocido para los franceses que Lorca, que Dalí, que Buñuel, pero seguramente más fino y hondo), el también levantino Azorín, habría formulado las preguntas de este modo: ¿Por qué un joven sale de su pequeña, de su morisca, de su cegadora y encalada ciudad? ¿Por ambición? ¿Por la sed de aventuras? ¿Por lo que hace que los jóvenes olviden su pasado y no teman lo porvenir?

Ramón Gaya fue a París, antes incluso que a Madrid, por su fe en la pintura. Nada más.

Gaya ha referido también la decepción que significó ver de cerca las vanguardias. Hasta entonces los pocos cuadros vanguardistas que conocía los había visto reproducidos en blanco y negro en las raras revistas y periódicos que llegaban a la retirada, a la remota, a la «fina y polvorienta» Murcia. Ahora, frente a ellos, los encontraba secos, muertos y, paradójicamente, muy viejos, envejecidos prematuramente. Hoy es ya una historia aceptada que las vanguardias están muertas. Certificar su muerte como lo hizo Gaya hace cincuenta años era un gesto no sólo de precocidad sorprendente sino de valentía enteramente vanguardista.

Su querida *Verso y Prosa* publicó entonces una carta que Gaya enviaba desde París. No sé si Gaya había leído entonces a Stendhal (tenía todavía diecisiete años), pero los franceses, familiarizados con el *tono Beyle*, encontrarán al cónsul de Civitavecchia en las siguientes líneas:

«Tiene usted una idea falsa de París, querido amigo. En París no se paga el mejor cuadro, se paga la mejor firma; se vende por tamaños. Aquí los bastidores tienen unas medidas fijas y se venden a tantos francos el número. Tiene esto algo de matemáticas. Cuando «se llega» se paga un precio; cuando hace un año que se vive en París, se paga otro...

«En París se vende la pintura por metros; como los solares por construir. Todo el mundo dice que en España se vende muy caro (cuando se

vende), pero claro, no se vende nunca. Las señoras francesas que compran cuadros, no puede usted figurarse el gesto de comprar alfombras que tienen. A mí siempre me parece que van a decir: —¿No tiene ninguno más pequeño? Yo no pensaba gastar tanto».

Alguien que ve las cosas de esa manera no tiene más remedio que aceptar el modo más radical y vanguardista de la existencia, el de la soledad. El título que buscó años más tarde para su libro sobre Velázquez, imprescindible hoy en los estudios velazqueños, le cuadraría bien a él: *Velázquez, pájaro solitario*.

Después de aquel primer encuentro un tanto decepcionante, Gaya volvió a España. No pisaría Francia de nuevo hasta después de pasada, y perdida, la guerra, la suya, la de los españoles, en 1939. Entonces iba de paso, camino del exilio y de México.

Tardó trece años en volver a Europa, y cuando regresó no lo hizo a España, adonde no podía volver, sino a París. En realidad no puede decirse tampoco que Gaya volviera a París. No. En 1952 Gaya no ponía los pies en tierra francesa, sino en tierra de la pintura. Lejos de su museo del Prado, Gaya regresaba al Louvre.

Hace unos años se publicaron sus diarios de entonces. Son no sólo unas páginas antológicas del género, sino un inapreciable mapa para conocer el alma de un hombre solitario, como lo son las de Rilke para conocer el alma de Malte en aquel París de Rodin y Cézanne.

Llegó a París Gaya, de vuelta, el 21 de junio de 1952, y el mismo 21 anota: «Mañana estoy citado con Concha para ir juntos al Louvre; allí tengo amigos... perennes, Rembrandt y Tiziano sobre todo, que me ayudarán a entrar en... Europa».

Esos eran, pues, sus amigos: *El hombre del guante* y el *Entierro de Cristo*, del Tiziano, la *Bethsabé* de Rembrandt, el Van Eyck, la *Elena Fourment* de Rubens...

¿Y los pintores franceses? Gaya ha hecho un puñado de pintores franceses, a los que en verdad ama, ya que no un lugar de la pintura, sí una pequeña provincia: su Seurat, su Cézanne admirado, tal Sisley, tal Degas, los «grandes y geniales trozos de pintura verdadera» de Toulouse-Lautrec, el bodegón de la caja de tabaco de Chardin...

Gaya ha amado París, desde luego, lo ama aún como a pocas, muy pocas ciudades, pero al final, Gaya no es menos francés que el propio Stendhal y siempre está partiendo hacia Italia, obediente a los pulsos de la vida.

Ha sido Gaya un peregrino, y, parafraseando a Machado, un hombre modesto de equipaje: pequeños estudios, pequeños hoteles, caballetes de viaje, cuadernos de dibujos, cajas de pintura, una vida laboriosa y constante... Sus tres ciudades han sido siempre Roma, Venecia y París. ¿Qué busca

un hombre como él, en cierto modo oscuro y silencioso, en esas tres viejas ciudades tan llenas de... todo: ruinas, brillo, historia, lujo, refinamiento...?

Cuando Gaya vive en España no es lo mismo. Madrid para Gaya sólo es el Prado y, sí, un cierto *aire*, que a veces «sopla Velázquez», a veces «sopla Solana»; Murcia seguramente sigue siendo para él 1920, y en cuanto a Valencia es muy probable que principalmente sea la luz que entra en su estudio. Lo que va buscando a Roma o Venecia es otra cosa: la vida. Y tras la vida va a París, tras el soplo indefinible de la vida que reúne en un mismo lugar cosas bizarras, incógnitas, contrarias: tal puesto callejero de flores junto a la tienda en cuyos escaparates siguen aún mirándose los ojos proustianos de la belleza y la muerte; tal terraza para observar el vaivén de las gentes, el *clochard* y la joven marquesa, indiferente y espléndida; el escrupuloso burgués que en uno de esos admirables mercados parisinos hace cuestión de honor de la bondad de un queso y ese poeta que sigue aún escribiendo sus versos en el diminuto velador del café; o ese modesto hotel donde una malhumorada *concierge*, que acaba de gruñirnos, encubre melancólica un delito de amor...

Es eso lo que Gaya busca en París. Y una vez más, como en el Malte de Rilke, como en el errático y *flâneur* Baudelaire, las calles, los oscuros pasajes, los luminosos bulevares donde no se ha extinguido todavía la llama de un deseo, y, claro, también, la vida de los museos, lo que de vivo encierran los museos, otras vez sus Tizianos, sus Rembrandt...

Esa vida ha pasado a sus cuadros, el espectáculo de las gentes, el sueño de la pintura, la azarosa belleza tanto como la eterna novedad del mundo.

Hace casi setenta años un joven iba a París. Iba buscando los nuevos pintores, pero encontró unos viejos maestros que jamás le abandonaron, viejos, vivos, perennes...

La nieve, la misma que cantó Villon, cubre de igual modo todas las cosas, las viejas y las nuevas.

Hoy Gaya es él mismo un hombre viejo. Ha traído sus cuadros a esta ciudad que aún sostiene en su mano la manzana de Helena, la eterna juventud. Es posible pues que ahora mismo, en esta misma hora, esté llegando a una de sus estaciones, desde la remota provincia, desde un profundo pueblo, un joven que busca, hoy como ayer, el arte joven. Y tal vez, hoy como ayer, acaba de entrar en esta sala. En esta misma sala. Vedle, está junto a nosotros. Ha venido en pos del arte nuevo y para su fortuna ha vuelto a toparse en estos cuadros del viejo Gaya con el viejo, vivo, perenne aliento de la vida.

### 3. Gaya para italianos

¡Cuántos hombres han venido a Italia al encuentro de algo íntimo, de algo que en cierto modo viajaba con ellos, impreciso e ignoto! ¡Y cuántos,

una vez acogidos por esta tierra, como en abrazo materno, no han podido partir ya nunca al descubrir que aquello que buscaban lo llevaban dentro de un modo firme, irrevocable, seguro!

La lista es extensa, hombres no siempre solitarios como Stendhal o Nietzsche, sino mundanos como Byron o Goethe, fatigaron aquí la sombra de la felicidad en días que ninguno de ellos dudó en calificar de plenitud.

Es posible que no haya en el mundo ninguna otra tierra tan plena, suficiente y sobrada de sí como Italia. Quizá sea esa la razón por la cual se entienda aquí menos que en otras partes la idea del ilustrado, siendo como fueron estos ilustrados quienes pusieron en circulación la especie, el mito, del *Viaje a Italia* como paradigma de todo viaje, viaje y país que esos mismos viajeros, sobre todo los románticos, se fabricaron a la medida de su ociosidad, de su capricho y cabría decir de su engolosinamiento, cuando no de esa glotonería del arte, la belleza y los itinerarios que a veces ataca a algunos como exótico paludismo del que no pueden zafarse.

No. A Italia no se va, por Italia no se viaja. A Italia, en todo caso, se vuelve; en Italia, como poco, se está, permanece uno en ella, y, desde luego, quien ha vuelto, quien ha estado en Italia, nunca podrá partir.

Eso exactamente nos dice Gaya en *El sentimiento de la pintura*, cuando recuerda lo que sintió la primera vez que llegó a Italia, en 1952: no llegaba, sino que volvía.

La idea de regreso es siempre mucho más fecunda que la idea de viaje. Mientras se va, sólo es posible ir. Por el contrario, el que vuelve, vive y recuerda, es decir, trae consigo algo más valioso que los sueños: los recuerdos; el que recuerda vive dos veces.

Italia misma, tras la huida de Eneas, fue un eterno regreso a Grecia, un retorno que no culminó hasta el día mismo de la caída del Imperio, o sea, cuando Roma y sus provincias dejaron de ser lo que eran para convertirse en algo ya muy parecido a la propia Grecia: no más que unas ruinas. Y de ahí que lo en verdad glorioso de Roma y sus provincias, lo único eterno en ella, lo más grande y permanente suyo, haya sido desde entonces el pasado, aquello que no podemos resucitar, pero tampoco demoler, lo que no volverá, tanto como lo inolvidable.

Se diría, pues, que desde hace ochocientos años, en cuanto el Imperio *construyó* sus ruinas, en cuanto las dejó definitivamente edificadas después de otros ochocientos años de barbarie, en cuanto regresó de donde había partido, Italia se dio a la vida con desconocido e insaciable ímpetu, con una alegría, diríamos, violenta, inacabable y vigorosa.

Esas dos realidades, el pasado y la vida, se encuentran en el origen del viaje de Gaya a Italia, lo que él ha llamado su *regreso*, y de su posterior estancia, una estancia que dura hasta ahora mismo.